

## LA MUERTE DE LUCIUS ANNAEUS SENECA\*

En la primavera del año 65 después de Cristo moría, por orden del Emperador Nerón, el filósofo Lucius Annaeus Seneca, antes protegido de la madre del Emperador, educador del Príncipe y consejero del César. Sobre su muerte no nos ha llegado ninguna documentación, ni el informe de su médico, ni el relato del acontecimiento de alguno de los amigos presentes, ni un protocolo del centurión, al que se había confiado la vigilancia de la ejecución. La muerte de Séneca es transmitida sólo como una pieza de Historiografía romana, redactada unos cincuenta años después por Cornelius Tacitus en el libro 15 de sus *Annales*<sup>1</sup>.

Tácito comienza su relato con un bosquejo de la situación: un complot contra Nerón, la llamada Conjuración de Pisón, ha sido descubierta. Séneca, sospechoso de participación o por lo menos de complicidad, se encuentra en su villa cerca de Roma. Junto a él estaban su esposa Pompeia Paulina y dos amigos. Es la hora de la cena. La casa está rodeada; un centurión se presenta ante Séneca y le entrega la orden de muerte de Nerón. Tácito continúa:

62. *Aquél, sin miedo, reclama su testamento; y cuando el centurión se lo deniega, se dirige a sus amigos y les explica que, puesto que a él se le impide darles las gracias por sus méritos, les lega a ellos lo único, pero también lo más hermoso que aún tiene, la imagen de su vida. Cuando ellos se acuerden de esto, habrán ganado la gloria de la verdadera sabiduría como fruto de una tan constante amistad. Al mismo tiempo llama las lágrimas de ellos a la firmeza, ya a través de argumentos, ya más intensamente, como uno que exhorta al orden; él pregunta, dónde están las enseñanzas de la Filosofía, dónde el cálculo meditado durante tantos años contra lo inminente? Pues a quién le era desconocida la crueldad de Nerón? Ninguna otra cosa resta después de haber matado a la madre y al hermano que añadir la muerte de su educador y maestro.*

63. *Cuando él ha tratado estas cosas y otras semejantes con todos, abraza a su esposa y, ya un poco más débil en comparación con su momentánea fortaleza, le pide y suplica que modere su dolor y no lo conserve eternamente, sino que en la contemplación de una vida conducida por la virtud resista con noble consuelo la nostalgia del marido. Aquella, en cambio, afirma que también le ha sido destinada la muerte y pide con insistencia la mano del sicario. Entonces Séneca, sin oponerse a su gloria, y al mismo tiempo por amor, para no abandonar a las injurias a la que él, de manera única, ama, le dice:*

\* Conferencia dictada en el XII Simposio Nacional de Estudios Clásicos (Universidad Nacional de Córdoba - Argentina, 1992); traducción castellana de la Dra. Cecilia Ames. Agradecemos a la Dra. Cancik-Lindemaier la autorización para su conferencia.

<sup>1</sup> Tac. *Ann.* 15,60-64. Traducción cap. 62-64.

*'Yo te había indicado el apaciguamiento de la vida; tu prefieres la dignidad de la muerte; no enviaré el ejemplo. Si la firmeza de este tan valiente morir pudiera ser igual para nosotros dos, más brillo habrá en tu final'. Después, con el mismo golpe de hierro, se abren ambos las venas. Séneca, puesto que su cuerpo senil y debilitado por la escasa alimentación permitía a la sangre sólo una lenta salida, se desgarraba también las venas de las piernas y de las rodillas; y fatigado por los crueles tormentos, aconseja que ella se retire a otro aposento, para no quebrar con su dolor el coraje de la esposa y también para no caer él mismo en la desesperación viendo el sufrimiento de ella. Aún en el último momento, disponiendo del don de la elocuencia, dictó a los escribientes, que para esto habían sido llamados, varias cosas, las cuales me abstengo de referir, ya que han sido publicadas en sus palabras.*

64. No obstante Nerón, que no sentía ningún odio personal contra Pompeia Paulina, y para que no se extendiera la antipatía por su crueldad, ordena que se impida su muerte. Los esclavos y libertos vendan por orden de los soldados los brazos y restañan la sangre; es incierto si ella estaba inconsciente. Pues, como el populacho está siempre dispuesto a suponer lo peor, no faltaban los que creían que, mientras ella temiera la implacabilidad de Nerón, habría pretendido lograr la fama de una muerte común con su esposo; pero después, cuando se le mostrara una perspectiva más propicia, sería vencida por el encanto de la vida. Ella vivió después pocos años, loablemente en el recuerdo de su marido. Su rostro y sus miembros mostraban una lívida palidez, de modo que dejaban ver lo mucho que de su espíritu vital se había evadido. Séneca entretanto, soportando con entereza el movimiento progresivo y lento de la muerte, pide a Statius Annaeus - el cual, apreciado desde hacía tiempo por su leal amistad y por sus artes medicinales, se había ganado la confianza de Séneca - el veneno previsto desde hace mucho tiempo, con el que se extinguieron aquéllos que en Atenas habían sido condenados por un tribunal público.

Fue traído, y lo bebió en vano, pues sus miembros ya estaban fríos y su cuerpo cerrado a los efectos del veneno. Finalmente entró a una pileta de agua caliente; salpicó a los esclavos que estaban cerca y añadió que él ofrendaba ese líquido a Júpiter, el Libertador. Después de esto, fue llevado al baño y, exánime por el vapor, fue inhumado sin ningún tipo de ceremonias funerarias. Así lo había indicado él en sus escritos, cuando aún muy rico y poderoso tomaba decisiones sobre sus últimas cosas.

El texto rehúsa todo intento de comprensión intuitiva y exige a cada paso un riguroso análisis; es denso hasta la impenetrabilidad. El lenguaje de Tácito es áspero y penetrante; lo abstracto y lo evidente se configuran en duro enlace sintáctico. La esmerada composición deja reconocer tres partes, que se diferencian claramente en el uso del lenguaje. Tácito registra en primer lugar la actitud desilusionada y soberana de Séneca en la conversación con los amigos -lo que es tema del capítulo 62-, su afectuosa solidaridad con su esposa y la determinación de ambos de morir juntos -capítulo 63-; indica exactamente los motivos y las cir-

cunstancias que prolongan angustiosamente el morir. Con una referencia a las últimas declaraciones de Séneca, que entretanto ya habían sido publicadas, se cierra el capítulo 63. Tácito aparta la atención del lector de la figura de Séneca y la dirige hacia el destino de Pompeia Paulina, a la que dedica el primer párrafo del capítulo 64; a partir de entonces, cambia el destino de Pompeia Paulina a través de la intervención de Nerón. El autor prosigue la narración, anticipándose hasta la muerte de la mujer, acaecida años después.

En la tercera parte, el último párrafo del capítulo 64, retoma el abandonado momento de la agonía de Séneca y culmina el relato, nuevamente en tres etapas: veneno, baño de vapor, inhumación.

La técnica de intercalación del relato permite que dos acontecimientos simultáneos se conviertan en sucesivos. Con esta composición Tácito alcanza tres objetivos:

1. Puede apreciar especialmente la actitud de Pompeia Paulina, que él abiertamente admira, sin perturbar, a través del tratamiento de esta escena privada, la extendida disposición del tema.

2. Después de terminada la narración de la muerte de Séneca, Tácito puede, sin que el texto experimente algún tipo de ruptura, pasar al análisis político de la conjuración de Pisón.

3. Esboza, en cierto modo de paso, un retrato de Nerón: el escrupuloso pero inteligente tirano que dispone arbitrariamente de la vida y de la muerte.

Y finalmente Tácito prueba el fracaso del tirano. A partir de la apertura de la perspectiva de la narración, Tácito logra reflejar el futuro en el momento de la destrucción física de Séneca, lo que no es una muerte total, pues con Pompeia Paulina sobrevive la memoria de Séneca; la imagen de su vida es transmitida<sup>2</sup>.

Estas observaciones para la interpretación permiten reconocer la función que Tácito asigna a la escena de la muerte de Séneca en su obra. La ha configurado como un acto público: aquí se muestra la inflexibilidad del ciudadano romano libre, -quizás hasta la indestructibilidad de la persona- y precisamente a través de esto el tirano es moralmente aniquilado. Dicho en otras palabras, que la autoridad del tirano no puede coartar el derecho del ciudadano libre, esa es la función que tiene la muerte de Séneca para Tácito. El historiador describe la muerte del filósofo como un caso de estudio en su análisis político y psicológico del primer siglo de dominio imperial en Roma.

Bajo la dinastía Julio-Claudia - ésta es la más sombría imagen histórica de Tácito-, cónsules, patricios y *equites* romanos perdieron su libertad<sup>3</sup>. El que no quiso adaptarse a ese proceso tuvo que emigrar o morir. Tácito registra series

---

<sup>2</sup> Sobre el fracaso del Tirano v. Cremutius Cordus: *Ann.* 4.34 ss. Cfr. Cancik, H. / Cancik-Lindemaier, H., *Zensur und Gedächtnis. Zu Tacitus, Annales IV 32-38*, en: Aleida und Jan Assmann (edd.), *Kanon und Zensur*, München 1986, p. 169-189.

<sup>3</sup> Cfr. *Tac. Ann.* 1,7,1.

su vida, encontramos ya en ellas esas imágenes estilizadas.

Séneca nos habla de enfermedades graves frecuentes durante su juventud, fiebre y ataques de asma, de un plan de suicidio que sólo por consideración a su anciano padre no llevó a cabo<sup>10</sup>. Séneca informa de los reincidentes ataques de una enfermedad que lo afectaron durante toda su vida, enfermedad que los antiguos médicos llamaban *meditatio mortis* - "ejercitarse en la muerte"; probable-

---

<sup>10</sup> Sen. Ep. 26,4.

<sup>11</sup> Sen. Ep. 26,10.

<sup>12</sup> Sen. Ep. 26,9.

<sup>13</sup> Sen., *Ad Marciam de consolatione*, 20,3.)

<sup>14</sup> Cfr. Cancik-Lindemaier, H., *Untersuchungen zu Senecas epistulae morales (Spudasmata 18)* Hildesheim 1967 (abr. *Untersuchungen*).

<sup>15</sup> Sen Ep. 108, 22, un testimonio propio de Séneca.

## 116

tes, como las de Séneca, nos han sido transmitidas como literatura -y de ahí son citables-, en los diálogos de Platón.

La repetición sin embargo transforma el original, intensifica los contornos, lo ilumina de manera más deslumbrante y destaca los matices. Algo intencionado engarza los repetidos gestos llenos de alusiones. Sócrates, según la representación de Platón en el *Fedón*, había preguntado irónicamente sereno al esclavo que le alcanzó la cicuta: *¿Qué dices tú sobre esa bebida como una ofrenda para alguien? ¿Es posible o no?*<sup>4</sup> Séneca agudiza, hace de la insinuación un manifiesto: hace saltar el agua como una ofrenda para "Júpiter, el Libertador" -*Iovi Liberatori*-.

El escéptico Tácito, que no impone su propia opinión y acostumbra ofrecer al lector diferentes noticias para que él desarrolle su propio juicio, menciona esa sentencia sin hacer comentario alguno. Si hubiera visto en esta fórmula, como más de un crítico moderno, solamente una más o menos ingeniosa alusión, probablemente lo hubiera dejado reconocer; y seguramente no la habría relatado por segunda vez, a saber, cuando narra la muerte del senador estoico Thrasea Paetus. También Thrasea, no mucho tiempo después de Séneca, muere la muerte libre del filósofo.

Thrasea, después de una conversación sobre la naturaleza del alma y la separación del cuerpo y el espíritu, da las últimas disposiciones y se deja abrir las venas. Su sangre salta al piso y dice al funcionario, que le había entregado la orden de muerte: *Libanus Iovi Liberatori -se lo ofrecemos a Júpiter, el Libertador. Mira, joven, y quieran los dioses evitar un mal presagio; por lo demás tú has nacido en un tiempo en el que es provechoso fortalecer el espíritu con ejemplos de resistencia.*

Thrasea Paetus, como Séneca, se ha incorporado a una tradición, y las palabras de Tácito dan a entender que no será el último en la lista<sup>5</sup>.

El historiador Tácito toma esa tradición, que invoca a Sócrates, como legítima; considera aquella actitud adecuada a su tiempo. Actitud ante la muerte, es la última forma de resistencia que bajo un régimen de terror aún es posible. No es ningún privilegio de los estoicos, la confesión filosófica es intercambiable. También el elegante y agudo epicúreo Petronio muere "su propia muerte". Tácito describe la muerte de Petronio como clara contraposición a la de Séneca y Thrasea<sup>6</sup>,

---

<sup>4</sup> Platón, *Fedón*, 117 b 5-7.

<sup>5</sup> Tac. *Ann.* 16, 34 ss.

<sup>6</sup> Cfr. R. Syme, *Tacitus*, Oxford 1958, p. 538.

pero no sin respeto, y dice lo siguiente en el libro 16 de los *Annales*:

*Petronius, sin embargo, no rechaza precipitadamente la vida; las venas cortadas fueron vendadas por su voluntad; él las abrió de nuevo, habló con sus amigos -no sobre cosas serias o con palabras que le habrían dado la gloria de la firmeza. Escuchaba recitaciones -no sobre la inmortalidad del alma y las opiniones de los sabios, sino poesías ligeras y versos alegres. Recompensa a algunos de sus esclavos una generosa dádiva, castiga a otros con latigazos. Va hacia la mesa, se entrega al sueño, para que su muerte, que en realidad era obligada, aparezca como casual. Y ni siquiera en su testamento aduló, como la mayoría de los impulsados al ocaso hacían, a Nerón o a Tigellinus o a algún otro de los poderosos. Por el contrario, apuntó una lista de los vicios del Emperador con mención detallada, nombre por nombre, de las mujeres y jovencitos libertinos y con indicación de la novedad de cada uno de los actos corruptos, la selló y la envió a Nerón. Quebró su anillo de sello para que él no lo pueda utilizar después para poner en peligro a otro?*

Tácito describe estas escenas de muerte como un monumento de resistencia. Y él mismo, como historiador, continúa esa resistencia. El transmite los nombres, las palabras y los hechos que el terror hubiera debido borrar. Desde luego, Tácito no adorna el relato con tonos triunfales. No deja de indicar que la mayor parte de las víctimas aún en el momento de la muerte adularon a su verdugo.

Indignidad, cobardía, avidez de poder de la alta sociedad romana produjeron las condiciones para el surgimiento y la propagación del terror. Tácito nos pinta esa cruda realidad, sus descripciones se sitúan al otro lado de la ilusión, son patéticas en su fría concisión.

En este contexto debemos leer el relato de la muerte de Séneca. El relato cobra entonces un perfil muy definido, y se convierte en miembro de una cadena de ejemplos, contraposiciones e imitaciones.

El texto mismo contiene aún otra indicación para su lectura: más allá de los *Annales*, hacia los escritos de Séneca. El Séneca de Tácito recuerda a sus amigos un largo y meditado cálculo; él les deja "la imagen de su vida". ¿Con qué había calculado? ¿Qué imagen de su vida había bosquejado?

Una filosofía de la muerte de carácter unánime no hay en la obra de Séneca, y aún menos una filosofía del "después de la muerte". *Ese día al que tú temes, como si fuera el último, es el nacimiento de la eternidad*<sup>8</sup>. Regreso a los dioses, bienaventurada visión de los secretos de la naturaleza en la luz divina -contemplación de la vida verdadera y perfecta después de la muerte-, están junto a los razonamientos que equiparan el estado de después de la muerte con el de antes del nacimiento: no ser<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Tac. Ann. 16,19.

<sup>8</sup> Sen. Ep. 102,26.

<sup>9</sup> Sen. Ep. 54,4; cfr. Tertuliano, *de res. mort.* 1,4: *ait et Seneca (sc. como los epicúreos) omnia post mortem finire, etiam ipsam* = Sen. frag. 28 (Haase).

Séneca deja la cuestión abierta: *La muerte es o un fin o un paso*. La pregunta sobre el “después” no tiene importancia. Sí tiene importancia, en cambio, el momento mismo de la muerte, pues es el momento de la verdad: “El día que dirá el juicio sobre todos mis años”<sup>10</sup>.

¿De dónde viene esa fijación a la hora de la muerte? Según la doctrina estoica el hombre es libre, vive seguro en un mundo perfectamente organizado por la providencia divina y no está sometido a ningún mal. Pero, dado que todas las personas están sujetas a la muerte, la libertad humana naufraga, según parece, ante la necesidad de la muerte. La respuesta oficial de la escuela estoica dice: La muerte es natural. Nada natural es un mal. Entonces la muerte no es un mal.

Séneca no se da por satisfecho con ese argumento teórico. Él filosofa en permanente confrontación con la praxis. No es un pensador sistemático, sino, para decirlo con palabras de Kierkegaard, un pensador viviente *-ein existierender Denker-*. El buen resultado en la praxis es el criterio de verdad de una proposición filosófica. Así entendido, el filosofar es un proceso de confirmación que dura toda la vida, la hora de la muerte es su último escalón. *Ejercitarse en la muerte es para Séneca ejercitarse en la libertad*.<sup>11</sup> Séneca dice: *Tú consideras quizá superficial aprender lo que uno necesita sólo una vez. Precisamente por eso tenemos que ejercitarnos: es necesario un continuo aprendizaje, si no podemos probar que dominamos la tarea*.<sup>12</sup> Sin embargo la muerte, aprendida y “sabida”, es lo contrario de aquello que la gente puede llegar a creer por ignorancia, por superstición o por amenaza de los poderosos. La muerte es la garantía de la libertad humana. *Yo te quiero, vida, por el beneficio de la muerte! (Caram te, vita, beneficio mortis habeo)*.<sup>13</sup>

Si Séneca explica el ejercicio de la muerte como una de las tareas más importantes en la vida, sabe de qué habla. En su obra de la vejez, las *Epístolas Morales* a su joven amigo Lucilio<sup>14</sup>, intenta transmitir su experiencia. De un pensamiento que concibe la vida como un “hacia” la muerte, sigue necesariamente una elevada estilización del vivir y del morir. Es más, aunque de las propias manifestaciones de Séneca no podemos llegar a los repentinos datos biográficos de su vida, encontramos ya en ellas esas imágenes estilizadas.

Séneca nos habla de enfermedades graves frecuentes durante su juventud, fiebre y ataques de asma, de un plan de suicidio que sólo por consideración a su anciano padre no llevó a cabo<sup>15</sup>. Séneca informa de los reincidentes ataques de una enfermedad que lo afectaron durante toda su vida, enfermedad que los antiguos médicos llamaban *meditatio mortis* - “ejercitarse en la muerte”; probable-

<sup>10</sup> Sen. Ep. 26,4.

<sup>11</sup> Sen. Ep. 26,10.

<sup>12</sup> Sen. Ep. 26,9.

<sup>13</sup> Sen., *Ad Marciam de consolatione*, 20,3.}

<sup>14</sup> Cfr. Cancik-Lindemaier, H., *Untersuchungen zu Senecas epistulae morales (Spudasmata 18)* Hildesheim 1967 (abr. *Untersuchungen*).

<sup>15</sup> Sen Ep. 108, 22, un testimonio propio de Séneca.

mente era angina pectoral. Ese estado no sería en realidad una enfermedad, así lo escribe él, sino un "abandono del espíritu". *¿Qué es esto, me preguntaba; tan frecuentemente me prueba la muerte? Sea como sea, yo la he probado ya hace mucho. ¿Cuándo? Antes de haber nacido. La muerte es no ser... Si no me equivoco, Lucilio, nos engañamos al creer que la muerte nos sigue: ella nos precede y somos nosotros los que la seguimos. Lo que estaba antes de nosotros es la muerte; ¿qué importa si tú no empiezas o terminas, si ambos estados tienen el mismo efecto: No-Ser?*<sup>16</sup>

La experiencia del dolor de un hombre enfermo toma cuerpo aquí y se solidifica en una antigua filosofía de la existencia sin acudir al recurso de una construcción metafísica: *Tú no serás, y tú no has sido, en ambos casos el tiempo está fuera de ti; a este punto has sido arrojado*<sup>17</sup>. *El tiempo corre y deja atrás a aquellos que están tan ávidos de él. Ni lo que será es mío, ni lo que ha sido, estoy suspendido en un punto del tiempo fugaz...*<sup>18</sup> - *Morimos diariamente, pues diariamente una parte de la vida nos es quitada, y entonces también, cuando crecemos, disminuye la vida. Perdimos nuestra niñez, luego la adolescencia, luego la juventud... el día mismo que vivimos, lo compartimos con la muerte...*<sup>19</sup>

Infinitamente pequeño, casi una nada, es ese punto de la vida humana comparado con la eternidad del mundo, pero al mismo tiempo infinitamente importante como lo único de que el hombre dispone. De ahí la exigencia: *aprovecha el tiempo, no despilfarres tu único bien; cada día debe ser la "vida completa"*<sup>20</sup>; *no aplazar nada: la esperanza, como el miedo, te hacen dependiente.*<sup>21</sup>

Vivir ahora, ser todo - pero no sólo para el momento ni sólo para sí mismo: esa paradoja encierra el programa filosófico de Lucius Annaeus Seneca. Sobre dos horizontes se extiende la vida, sobre la naturaleza, el cosmos, y sobre el género humano. Vida en armonía con la razón divina que penetra la naturaleza y al servicio de la humanidad: así dice la máxima estoica que también Séneca sostiene. El filósofo estoico, siendo útil a la humanidad completa, se extiende por encima del tiempo puntual del que dispone hacia un futuro ilimitado.

La categoría mediadora es el *exemplum*<sup>22</sup>, un concepto romano deficientemente traducido con los términos ejemplo y modelo. Dar el ejemplo de una vida libre y dignamente humana es la meta de la existencia filosófica. De ahí la reflexión y estilización de la propia existencia, y de la representación de sí mismo, que con frecuencia se asemeja demasiado a un teatro de vanidades.

*Déjanos también a nosotros hacer algo, así exhorta Séneca al amigo, lo que exige ánimo y valor, déjanos formar parte de los ejemplos. ¿Por qué estamos fatigados, por qué*

---

<sup>16</sup> Sen. Ep. 54,4 ss.

<sup>17</sup> Sen. Ep. 77,11 ss.

<sup>18</sup> Sen., *Naturales Quaestiones* 6,32,10.

<sup>19</sup> Sen. Ep. 24,20.

<sup>20</sup> Sen. Ep. 101,10.

<sup>21</sup> Sen. Ep. 12.

<sup>22</sup> Sobre el concepto de "ejemplo" cfr. *Untersuchungen*, p. 23-27 y 115-107.

dudamos? Todo lo que pudo ser hecho, puede ser hecho de nuevo<sup>23</sup>. Los ejemplos son acentuados en el filosofar de Séneca como posibilidad, no como sucesos pasados, sino como un ofrecimiento para la imitación.

Es de nuevo Kierkegaard, cuyo pensamiento puede aclarar el concepto de Séneca: *En toda la eternidad es falso que alguien sea ayudado a realizar el bien porque algún otro lo ha hecho en realidad; pues si él mismo llegara a hacerlo, entonces sucedería, por esto, que él entiende la realidad del otro como posibilidad. Cuando Temístocles<sup>24</sup> sufría de insomnio pensando en el triunfo de Milcíades, era porque él entendía la realidad como posibilidad, la cual le quitaba el sueño; si él se hubiera ocupado, aplicadamente, de averiguar si Milcíades realmente lo había hecho, le hubiera bastado con que Milcíades realmente lo había hecho: entonces no hubiera llegado al insomnio, pero sí a un estado somnoliento, o se hubiera convertido a lo sumo en un vano admirador, no en Milcíades número dos. Éticamente entendido, no hay nada sobre lo cual uno pueda dormir tan bien como sobre la admiración de la realidad. Y cuando algo, éticamente entendido, puede espantar a una persona y darle impulso, eso así es la posibilidad, si ella misma, vista idealmente, se reclama de una persona.*<sup>25</sup>

Plasmar su propia existencia según un ejemplo y bosquejarse a sí mismo de nuevo como ejemplar, eso significa alinearse en una tradición. Séneca ha exigido esto, y él, según el testimonio de Tácito, lo ha practicado aún en la hora de su muerte.

Volvemos así al texto de Tácito y podemos completar nuestra interpretación con los rasgos que hemos destacado de los escritos filosóficos de Séneca. Ese "cálculo largamente meditado" es la *meditatio mortis*, el aprender a morir. Una "imagen de su vida" lega Séneca a sus amigos en tanto ha bosquejado su vida ejemplarmente y la ha rubricado con una muerte ejemplar.

La interpretación del relato de Tácito pone de manifiesto una congruencia interna entre los textos históricos y los textos filosóficos. ¿Cómo se debe interpretar este resultado? ¿Es esta concordancia la prueba de la verdad o el síntoma de la perfecta ficción? ¿No hubiera podido Tácito novelar la escena de la muerte a partir de su conocimiento de los escritos de Séneca, sin saber nada de lo que realmente ocurrió?

El tipo de trabajo historiográfico de Tácito no da lugar a considerar tal suposición como plausible.

Tenía, con toda evidencia, suficientes fuentes a disposición, los amigos y los enemigos de Séneca, que hacían posible una reconstrucción<sup>26</sup>. Tácito excluyó explícitamente de su representación las manifestaciones filosóficas; con el esmero de un protocolista indica: *las últimas palabras de Séneca están publicadas, no necesi-*

<sup>23</sup> Sen. Ep. 98, 13 ss.

<sup>24</sup> Temístocles con insomnio, Cic. Tusc. IV 44.

<sup>25</sup> S. Kierkegaard, cfr. *Untersuchungen*, p. 106.

<sup>26</sup> Syme, *Tacitus*, p. 300.

to referirlas, también esto es una medida contra la fuerte avidez de comprensión intuitiva del lector. Tácito ha presentado un concepto filosófico como historiador.

El tema escapa a la justificada desconfianza contra la construcción consciente, contra la ficción, escapa también al deseo de autenticidad de la vida vivida, pues la ficción se vuelve auténtica.

“Concordancia de vida y doctrina” -*congruentia vitae et doctrinae*- es una exigencia fundamental del filosofar estoico. El historiador Tácito ha establecido esa congruencia para el último acto de vida del filósofo.

Si hemos leído correctamente el relato, entonces la reflexión de si Séneca murió realmente así o no, no corresponde a la intención de Tácito ni a la de Séneca. El concepto de “imitación” lleva en sí el de formar a imagen y semejanza. Sobre Francisco de Asís nos ha sido transmitido que él, imitando a Jesús, se hizo uno con su Señor y finalmente murió en la misma forma que Cristo. La historia de Jesús mismo está modelada según tipos del *Antiguo Testamento*. El *Evangelio* de Marcos relata la pasión como una puesta en escena de citas de las escrituras: *Él hizo esto, para que se cumpliera la escritura*.

El morir de Lucius Annaeus Seneca es transmitido como el moldeado recuerdo de una situación conscientemente construida. Tácito ha plasmado esa imagen con un profundo trasfondo, y con esto le ha dado orientación y significado: así resiste un filósofo la violencia. Desde entonces, desde hace casi 1900 años, se encuentra ese intento por la dignidad humana en la tradición europea.

Entretanto, se continuó escribiendo la historia de la muerte. Hoy en día, el poder destructivo de las armas modernas ha hecho posible que la humanidad sea capaz de destruirse a sí misma; el colapso ecológico ha comenzado; crece el número de personas que se quitan la vida, porque ya no la pueden soportar más, y son incontables los que simplemente la pierden, porque el mínimo necesario para la subsistencia les es negado. Hoy en día, ante todo esto, ¿cómo podemos hablar del “derecho a la propia muerte”, a un morir humanamente digno? Se ha cuestionado si sólo la salida última de los estoicos, el reflexionado y definitivo acto de libertad, el suicidio, puede aún garantizar la dignidad del morir<sup>27</sup>.

La teología cristiana ha rechazado ese concepto; ha interpretado la muerte como el precio del pecado, ha intensificado el temor a la muerte a través del miedo al pecado y al mismo tiempo ha prometido su superación a través de la redención. La dogmática cristiana, por cierto, concede al estado el poder sobre vida y muerte de sus ciudadanos, en tanto que ella acepta la pena de muerte y la llamada «guerra justa», pero prohíbe al individuo la intervención contra su pro-

---

<sup>27</sup> Interesantes reflexiones sobre este tema en: Franz Ferdinand Schwarz, *Der Mensch gehört wesentlich sich selbst. Seneca und Jean Améry über "Freiheit und Tod"*, en: H.W. Schmidt, P. Wülfing (edd.), *Antikes Denken - Moderne Schule. Gymnasium Beihefte*, H. 9. 1987, p. 244-260. De un modo diferente a las acostumbres disertaciones de museo, constituye este trabajo una discusión con Séneca sobre la base de amplios conocimientos de la problemática moderna.

pia vida. La muerte elegida libremente por los estoicos es llamada ahora asesinato a sí mismo, un pecado mortal.

Frente a esto queda por rescatar que los estoicos no se encontraban dispuestos a justificar la muerte, el sufrimiento y el crimen, todo el mal del mundo, como un castigo merecido. Se han aferrado a la libertad y dignidad, a la inviolabilidad de la persona, aún al precio de la vida.

Es, por cierto, una paradoja que, considerada abstractamente, se anula a sí misma. La mirada a las condiciones históricas de esta convicción ética, aquí el caso de Lucius Annaeus Seneca en el año 65 d.C., pone de manifiesto su trascendencia y limitación. Aquel *vida te quiero, por el beneficio de la muerte*, es una máxima que puede ayudar al individuo, en caso extremo, a no desahuciarse. Pero no es ni fatalismo, ni arrogancia, ni nihilismo.

Uno de los principios de la ética estoica dice: *desde el momento de su nacimiento cada ser viviente aspira a conservarse*<sup>28</sup>. De este principio se deduce la meta, la conservación de la vida "de acuerdo a la naturaleza". La doctrina estoica del buen morir está subordinada a la doctrina del buen vivir.

Preocupación por la vida, dicho con palabras estoicas, *profiteri generi humano*, esta es - según yo creo - la tarea de aquéllos que se llaman humanistas: hacer todo lo posible para que esa última salida no sea la única alternativa.

*Hildegard Cancik-Lindemaier*  
Tübingen - Alemania

---

<sup>28</sup> *Stoicorum Veterum Fragmenta*. Coll. J. ab Arnim, Stuttgart 1954, III frg.178-189; Cfr. especialmente la formulación de Cicerón: *placet...simulatque natum sit animal (hinc enim est ordiendum) ipsum sibi conciliari et commendari ad se conservandum et ad suum statum eaque quae conservantia sunt eius status diligenda (de finibus 3,5,16= frg. 182)*.